

Hijos de la noche, auge y decadencia del vampiro

por **Marc Fahey**



Bela Lugosi encarnó al Conde Drácula por primera vez en el cine, en 1931, de la mano de Tod Browning, pero antes, en 1927, lo había hecho en el teatro.

Hace más de un siglo que Bram Stoker convirtió la leyenda del vampiro en un hito de la literatura de terror con su Drácula. Hoy, escritores de adultos y también de LIJ siguen empeñados en chuparle la sangre al mito, convertidos ellos mismos en vampiros de una criatura a la que han reducido a poco más que una caricatura de lo que fue. Esta figura inmortal condenada a una dieta de hemoglobina causa hoy la risa en los niños y jóvenes, tal vez porque los horrores de verdad se los ofrece la realidad más cercana. En todo caso, vale la pena hacer un repaso de lo que ha dado de sí el vampiro en la literatura, aunque sin olvidar que otros medios como el cine o los cómics también han clavado sus dientes en tan succulento cuello.



Retrato (izquierda) de Bram Stoker, escritor irlandés al que se considera padre literario del conde vampiro, un mito que luego fue explotado por el cine, el teatro o el cómic (portada de la derecha).

Desde los remotos albores del mundo, siempre en aras del sacro santo nombre de la religión, el hombre ha recurrido a la creación del mito como respuesta a una necesidad colectiva de llenar un vacío de conocimiento. Durante siglos, centenares de criaturas, seres y entidades han formado parte esencial de este subconsciente ecuménico y han despertado fascinación, miedo, devoción o, simplemente, curiosidad en el espíritu del hombre. Anteponer un sentimiento de

superstición a la realidad empírica o científica, disfrazar la ignorancia con la máscara de un monstruo o de una entidad fantástica (o divina), forma parte de la propia limitación humana para dar respuesta a la mayoría de sus enigmas, para dar una explicación más o menos convincente, mejor cuanto más apócrifa, a todos aquellos fenómenos que le rodean y para los que debe proponerse una coherencia que se adapte a las leyes del razonamiento humano; el hombre se teme a sí mismo y vive recluso entre los

muros de un perverso gabinete poblado por un inmenso *corpus* mitológico y legendario que le ayuda a tomar conciencia de que es el ser más dominante y, por ende, más dominado que existe.

El nacimiento de un mito

Desde el Cronos griego, hasta el Hades latino; desde el Thor vikingo, el Anubis egipcio, la Wurusemu hitita, la Usas india, el Ho-tu chino, las Banshees



El primer gran filme de vampiros fue *Nosferatu* (izquierda), rodada por F.W. Murnau en 1922, adaptación muy libre de la obra de Stoker. Uno de los últimos vampiros ha sido *Lestat* (derecha), creado por Anne Rice y encarnado en la pantalla por Tom Cruise.

irlandesas o el Oho-wata-su-mi japonés, todas las culturas poseen su particular universo de seres e identidades legendarias. No existe distinción entre Oriente y Occidente, entre Norte y Sur, entre razas y culturas; todos los rincones del mundo conocen esta erótica mitómana y todos sus habitantes saboreamos, de un modo u otro, su influencia, si bien es cierto que, por la naturaleza del encadenado de todos estos mitos y por el propio anisomorfismo humano, nos sentimos más cerca de unos que de otros. Precisamente, esta disparidad de opiniones sobre este mito o sobre aquel otro es la que consigue mantener el equilibrio entre tanta variedad; es esta misma democracia con relación a la afinidad mitológica la que propone un universo de fábulas para convertirlas, con el tiempo, en entidades autónomas, desgajadas de su origen religioso y de su valor denotativo, con el objetivo de adoptar una nueva realidad de

connotación, que provoca la pérdida de su significado inicial de representación simbólica. Una de estas entidades que ha conseguido asentarse en el púlpito de la inmortalidad es, sin duda alguna, la figura del vampiro. Aunque descubierta por el gran público a finales del siglo XIX, muchos siglos después de su nacimiento histórico, lo cierto es que en estos cien primeros años de popularidad universal, la fama y la repercusión de la leyenda de este ángel caído, confinado al sabor agrisado de la inmortalidad, no ha conocido límite.

La pesadilla literaria a nivel popular comenzó en 1897, cuando a un escritor irlandés, Abraham (Bram) Stoker, se le ocurrió tirar del corsé victoriano de la Inglaterra decimonónica para hilvanar uno de los mejores libros de horror con que cuenta la literatura universal y publicó su obra maestra, *Drácula*. En muy poco tiempo la figura del no-muerto, el

tropos del bebedor de sangre, se convirtió en el paradigma del príncipe de la noche y de todo lo que este arquetipo implicaba: misterio, pasión, soledad, horror, perversidad y, por encima de todo, erotismo y sexo.

Estrella del celuloide

El mito del Conde pronto traspasó las fronteras de lo estrictamente literario y se convirtió en protagonista de seriales radiofónicos, obras teatrales, aunque sería el cine el medio que conseguiría la difusión definitiva de la criatura. Pero el servicio tuvo un precio, y fue que la imagen del mito que el séptimo arte ofreció se apartaba bastante del personaje que Stoker había imaginado. Él había creado un nuevo monstruo a partir de una particular interpretación de la figura histórica del príncipe valaqués Vlad III Tepes,



La escritora norteamericana Anne Rice se ha hecho famosa con *Entrevista con el vampiro*, toda una actualización del mito. En el ámbito de la LJJ, Angela Sommer-Bodenburg también ha triunfado con su personaje del pequeño vampiro (derecha) en clave de humor.



AMELIE GUENKE, EL PEQUEÑO VAMPIRO, ALFAGUARA, 1997.

que luchó contra los turcos en el siglo xv y que, con el fin de ver morir desangrado al enemigo, gustaba de empalar a sus víctimas. En 1924, doce años después de la muerte de Stoker, Hamilton Deane estrenó en Londres una adaptación teatral de la novela del irlandés. La obra funcionó tan bien que, en 1927, se estrenó en Broadway. En este debut norteamericano de la pieza, hizo las veces de Conde Drácula un actor húngaro desconocido en el nuevo continente y que apenas hablaba inglés: Bela Lugosi. A partir de ese momento, la simbiosis Lugosi-Conde Drácula no encontraría descanso hasta la muerte del actor, en 1956, aunque hay quien piensa que fue más allá porque al final de su vida Lugosi, convertido en esclavo de la criatura que lo había dado a conocer al gran público, deseó expresamente que se le enterrara vestido con el uniforme del Conde: vestido oscuro y capa negra.

La primera incursión en la gran pantalla del personaje fue *Nosferatu: eine Symphonie des Grauens*, versión pirata de la obra de Stoker, puesta en escena, en 1922, por el director impresionista alemán F.W. Murnau. Nueve años más tarde, en 1931, llegó a las pantallas de la época la que muchos tienen por primera aparición real del personaje en el mundo del cine, *Dracula*, de Tod Browning, con Bela Lugosi como el Conde Vampiro. A partir de entonces, la industria cinematográfica no ha perdido ninguna oportunidad de rentabilizar la figura del hombre quiróptero, despertando la atención del espectador con el reclamo, anunciado a bombo y platillo, del «Pasen y vean la peor de sus pesadillas».

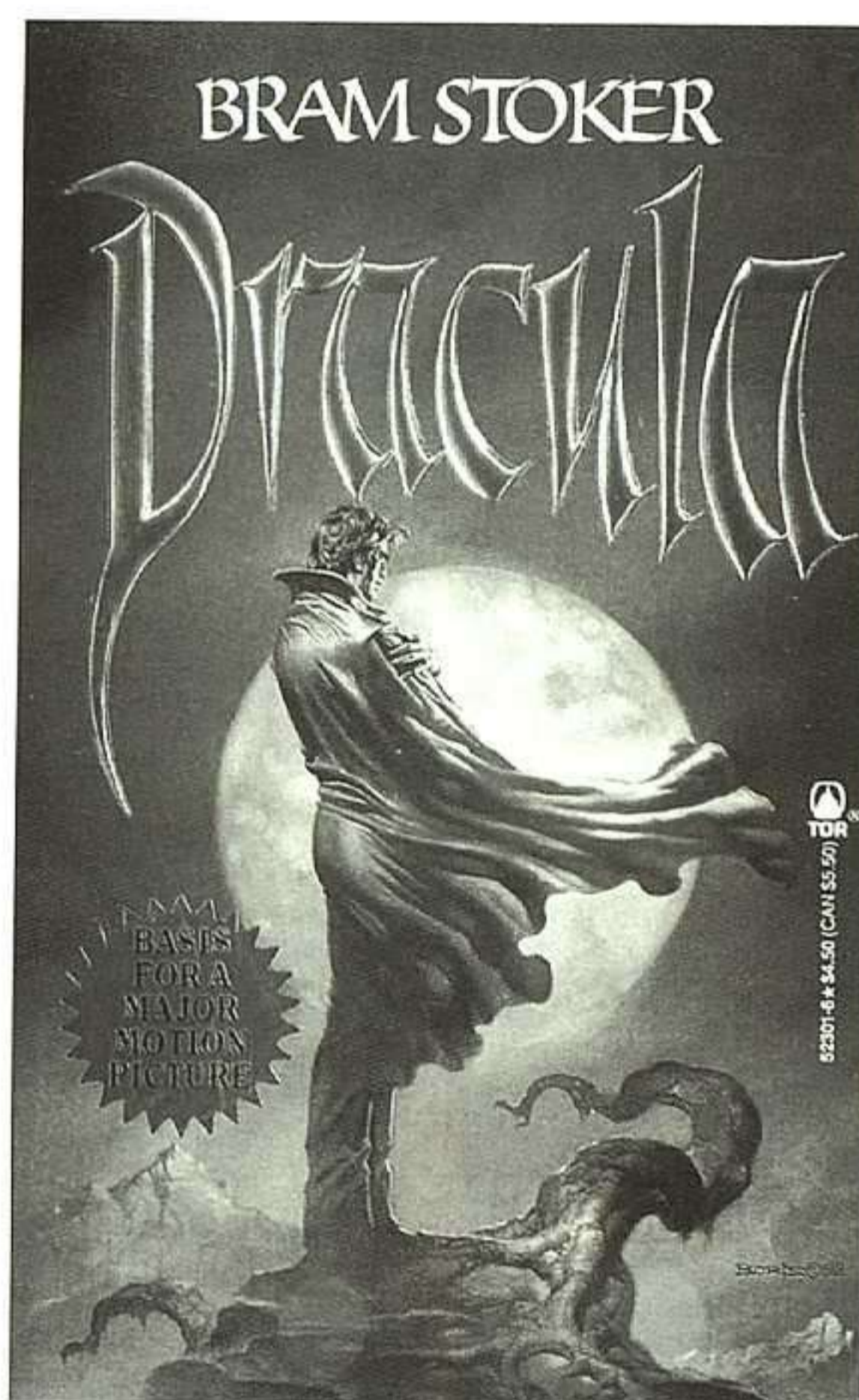
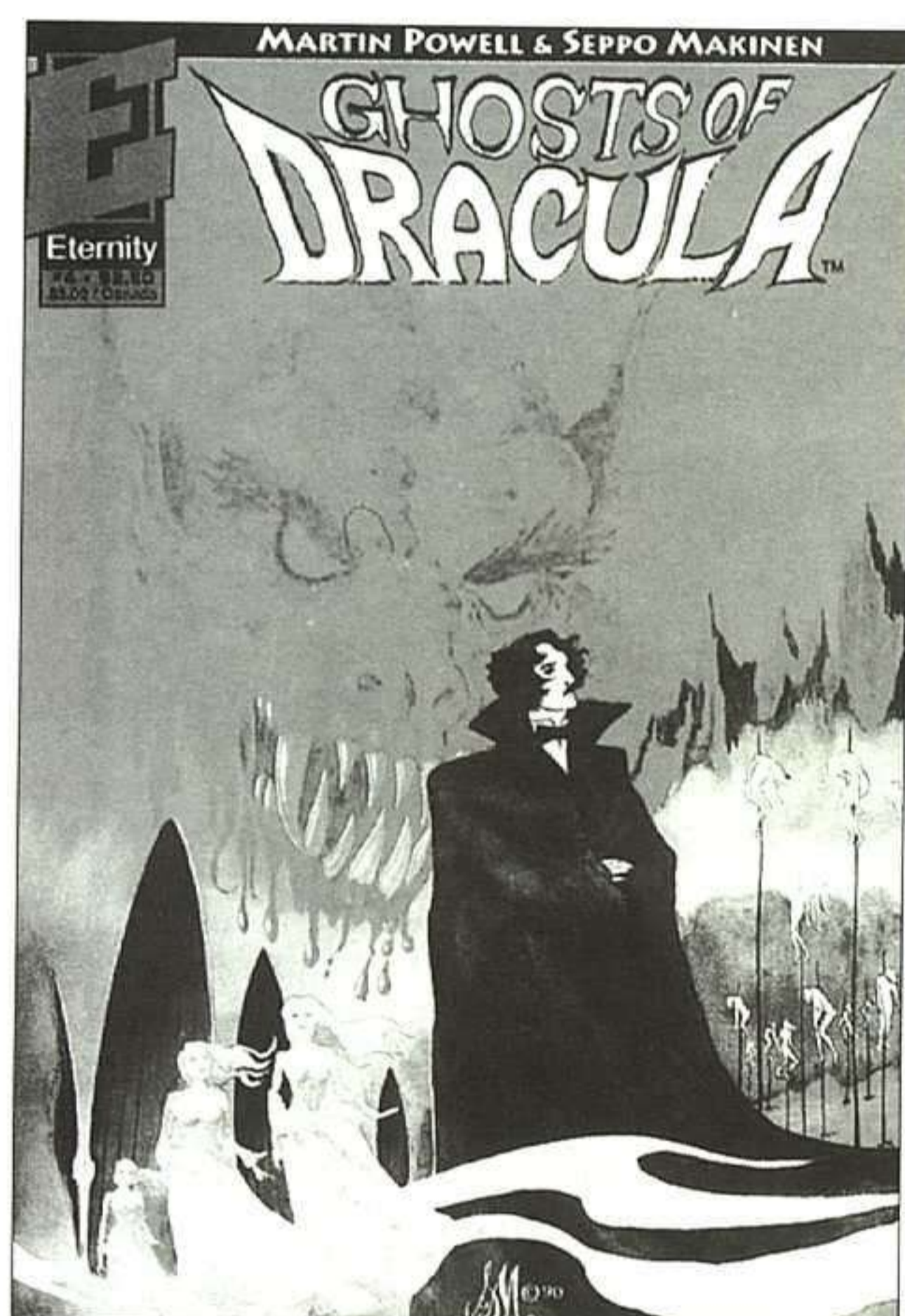
Si bien es cierto que el vampiro de celuloide no ha aportado nada nuevo al género y ha caído en la vulgaridad de convertirse (salvo honrosísimas excepciones) en una caricatura de sí mismo,

algo distinto ocurre con la figura del mito bebedor de sangre en la literatura, al menos hasta finales del siglo XIX, auténtica edad de oro del género.

Figura literaria

El personaje del chupador de sangre es tan antiguo como el miedo. La religión judaica creía en la existencia de Lilith, un demonio femenino nocturno que, chupándoles la sangre, mataba a todos aquellos niños que hubiesen sido concebidos de forma pecaminosa. La mitología griega y romana adaptó esta figura y la convirtió en la Lamia, otra entidad que, por venganza, se convertía en monstruo y devoraba a los niños o los mataba, con el mismo mecanismo de succión.

El oscurantismo y el culto impulsivo a la superstición y a lo desconocido del



Arriba, uno de los cómics (izquierda) sobre Drácula y una edición en inglés del libro de Stoker. Debajo, imagen de Bram Stoker's Dracula, de Ford Coppola (1994).

medieval potenció en gran medida la difusión de la figura del vampiro, un muerto viviente que tiene que beber de la sangre de los vivos para poder sobrevivir. Muchas de estas leyendas provenían de Rumania y de otros países del Este y con el tiempo se fueron difundiendo por todo el continente. Sin duda, la seducción y el misterio de la noche (componente indisoluble del mito), sumados a la morbosidad de la carga erótico-sexual que el personaje del vampiro despertaba en la sociedad de la época, contribuyeron a esta difusión.

En pleno auge del Romanticismo en el siglo XIX, concretamente en 1819, una figura más o menos ajena a los círculos literarios escribía *The Vampyre; a Tale*, la historia de Lord Ruthven, otro «hijo de la noche». Su autor, John Polidori, doctor particular del poeta Lord Byron, vio como éste se apropiaba de la autoría del relato. La fama de Byron como poeta y personaje disoluto y libertino facilitó que la obra se extendiera a lo largo y ancho del continente europeo. Afortunadamente, el tamiz del tiempo devolvió las aguas a su cauce y ya todo el mundo reconoce a Polidori como padre legítimo del relato. La historia de Lord Ruthven sirvió a los escritores franceses Charles Nodier y Alejandro Dumas (padre) de argumento para hilvanar su particular visión del mito en la obra de teatro *Le Vampyre*, en los años 1819 y 1857, respectivamente.

A este vampiro dramático le siguieron *La Morte Amoureuse*, la historia de la bella Clarimonde, escrita en 1836 por Théophile Gautier; el poema de Charles Baudelaire *Les Métamorphoses du Vampyre*, cuya protagonista aparece caracterizada como una aguerrida ninfómana; *Varney the Vampire, or the Feast of Blood* (1847), una novela folletín anónima, posteriormente publicada en forma de libro; y *Carmilla*, del irlandés Joseph Sheridan Le Fanu, que apareció en 1871. Dieciocho años más tarde, en 1897, salió de la imprenta *Dracula*, de Bram Stoker, obra que dio el espaldarazo definitivo al género y que logró del público, cansado de la cruda proximidad social del Realismo y del Naturalismo literario del XIX, una acogida entusiasta.

Stoker seleccionó de lo bueno lo mejor y fundió en la novela todos los ele-

mentos históricos y legendarios que la memoria diacrónica le ofrecía para escribir la novela de vampiros más eficaz y con una mayor coherencia dramática hasta el momento. Muchas son las páginas que se han aprovechado de la criatura de Stoker, pero ninguna parece transferir nada nuevo a un género que, poco a poco, se acartona y aburre al lector, cansado de leer siempre las mismas historias, con los mismos decorados y unos personajes arquetípicos, planos en demasiadas ocasiones.

Después de su paso por las pantallas de cine, los escenarios teatrales y la imprenta, a la figura del vampiro le dio por colarse en innumerables series de cómics, de entre las que destacan *Dracula* (1962-1966), *Dark Shadows* y *Vampirella* (historia de un vampiro femenino que, como Superman, proviene de otro planeta, Drakulon en este caso en particular, y que posee poderes extraterrestres) (1969) o bien *The tomb of Dracula* (1972-1979). Los años 80 y los primeros años de la década de los 90 vieron aparecer infinidad de nuevas series de cómics que, aunque no estaban dedicadas exclusivamente a la figura del vampiro, iban introduciendo historias en las que aparecía el personaje del «no-muerto», que era algo así como la «estrella invitada» en estas colecciones.

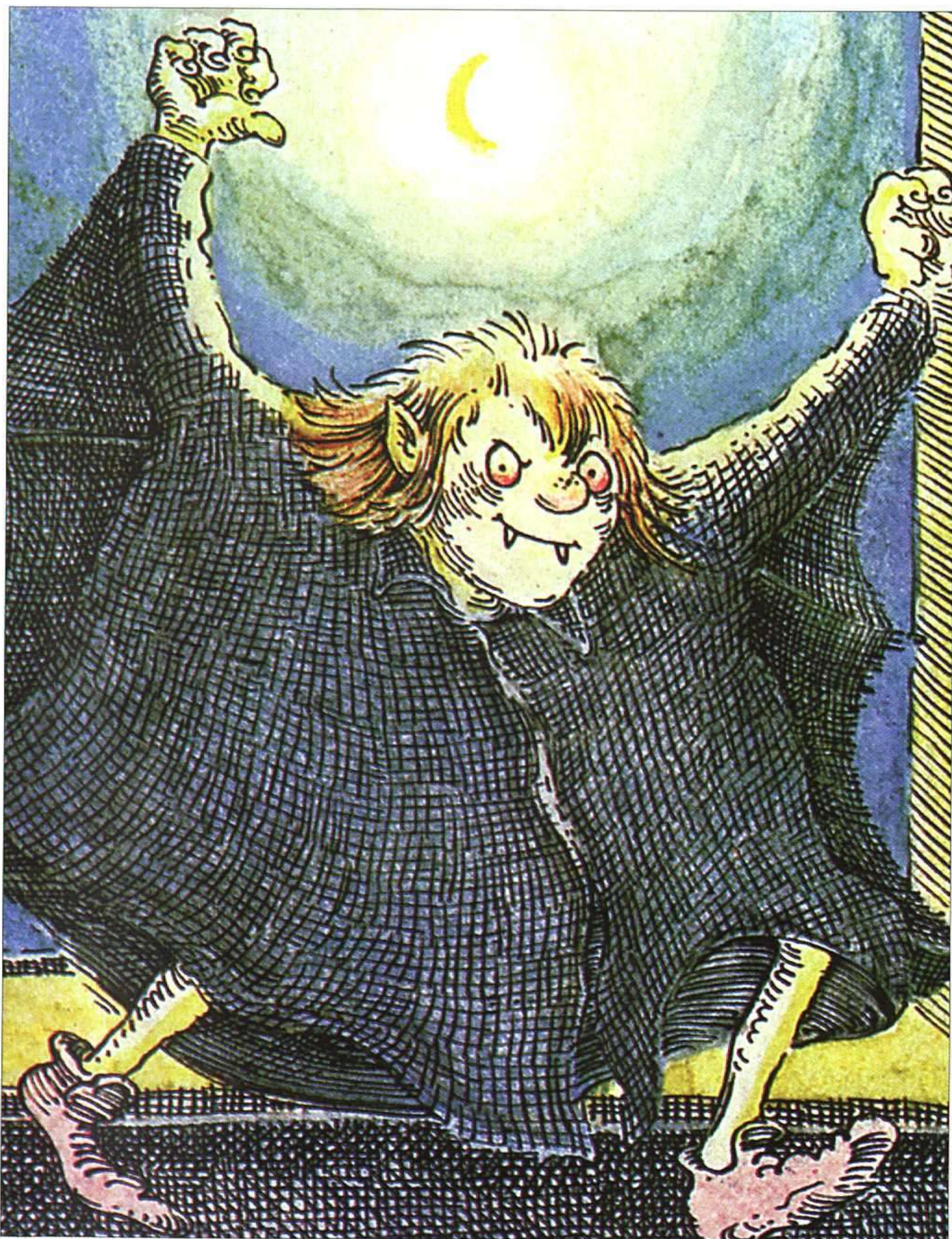
Actualización del personaje

Con tanto trajín y después de algo más de cien años en su haber como institución literaria popular, el mito del vampiro ya parecía aborrecer su inmortalidad. Por suerte, en 1976, una escritora norteamericana, por aquel entonces desconocida, consiguió publicar *Interview with the Vampire* (*Entrevista con el vampiro*), la primera parte de la hasta ahora pentalogía conocida como *Vampire Chronicles* (*Crónicas vampíricas*). En esta primera novela que, por supuesto, no dejó de tener su adaptación a la gran pantalla, concretamente en 1994, se cuenta la historia de Louis, el propietario de una plantación del estado de Louisiana, que en el siglo XVIII es convertido en vampiro por un tal Lestat de Lioncourt (que es, en realidad, el vampiro protagonista de los otros cuatro títulos).



Después de haber encarnado al Conde Drácula en un montón de filmes, Christopher Lee trabajó como narrador en un documental de TV, In Search of Dracula, rodado en Rumania, que bucea en las raíces históricas del príncipe Vlad El Empalador, personaje real en que está inspirado el Conde Drácula.

En algunas escenas de este documental sueco, Lee (imagen superior) aparece disfrazado de Vlad Tepes o Vlad Drácula, nombre que tiene sus orígenes en la Orden del Dragón, que fue conferida al padre de Vlad.



AMELIE GIENKE, EL PEQUEÑO VAMPIRO, ALFAGUARA, 1997.

La serie de Rice se caracteriza por unos personajes que aparecen y desaparecen en cada nueva entrega, y por unos argumentos pseudo-filosófico-existenciales sobre el significado de la inmortalidad y sobre cuál es la verdadera naturaleza de los poderes que ésta otorga, así

como de los usos que pueden tener. El dolor de la soledad, la traición, la inmoralidad, los celos, la ambición, la perversidad y grandes dosis de erotismo y sexo (ya sea heterosexual u homosexual) son los ingredientes que la autora combina para conseguir rizar el rizo en cada

novela y procurar que Lestat (toda una institución más allá de los libros de la serie en los EE.UU.) gane nuevos adeptos en cada entrega. El «Vampiro de América», como los norteamericanos han corrido a reclamar, no sin el consentimiento de su ya endiosada creadora, es decir, el personaje de Lestat, es una criatura dual, un ser que aprende a vivir a través de su muerte, un *alter ego* de la autora, cercano al nihilismo de Nietzsche y al *carpe diem* de Epicuro, que busca el bien a partir de la reflexión y de la toma de conciencia de su propia maldad.

A diferencia de la gran mayoría de novelas del género, los cinco libros de las *Crónicas vampíricas* ofrecen siempre una doble lectura; por una parte, libros de vampiros con ingredientes históricos, eróticos, algo de mitología y ciertos elementos muy familiares para el público adolescente (música, tribus urbanas, coches deportivos y motos Harley Davidson, gente guapa y una estética decididamente *grunge*) y, por otra, novelas adultas que empujan al lector a especular sobre temas como el sexo, la religión, el Bien y el Mal, la manipulación y la erótica del poder, la soledad o el desprecio por la hipocresía y la frivolidad que se impone en el último cuarto de este siglo atómico. De ahí que la serie guste tanto a un público juvenil, como al lector más adulto; una particularidad que, por desgracia, parece no haber trascendido más allá de la pluma de Rice. Cabe añadir, sin embargo, que después de cinco libros la autora, quizás ya algo cansada del personaje de Lestat, o quizá consciente de que en las últimas entregas de las crónicas le costaba mantener el empuje de los primeros libros, decidió, en 1992, cerrar el ciclo de novelas dedicadas a la figura de Lioncourt y convertir en nuevos protagonistas de sus libros a algunos de los personajes secundarios que, como comentábamos, han ido apareciendo y desapareciendo en la pentalogía. Hasta la fecha han aparecido en el mercado norteamericano dos entregas de esta serie heredera que, pese a mantener el título general de *The Vampire Chronicles*, ya se la conoce, según deseo expreso de Rice, como *New Tales of the Vampires: Pandora* (1998) y *The Vampire Armand* (1998). Las opiniones sus-

citadas entre los lectores parecen, tras la marcha de Lestat, irreconciliables.

La dignidad que la escritora norteamericana había devuelto a la figura del vampiro como recurso literario después de tantas décadas de ondear cual estandarte de una grotesca orgía de caricatura, no parece haber tenido mucha repercusión entre los escritores del género. Autores como Fred Saberhagen, P.N. Elrod, Les Daniels, Poppy Z. Brite, William Johnstone, Brian Lumley (con sus series «Necroscope» y «Vampire World») o el intocable rey Midas de las novelas de terror norteamericano, Stephen King, han dedicado novelas e incluso sagas de libros de hasta cinco y seis títulos a chupar el dinero de los lectores ávidos de vampiros, mordeduras en el cuello y sangre acrílica con novelas poco originales y de una calidad escandalosamente en descomposición. En una época en que la clonación molecular va adquiriendo importancia, la estirpe de cocineros de *best-sellers* literarios ya hace tiempo que incorporó el ingrediente de la hemoglobina a sus guisos, arrancándoles su sabor y reproduciendo sus platos en batería.

Pese al desquiciado surtido de libros sobre vampiros que existe hoy en el mercado, cuya máxima producción se da —como ya ocurre en la literatura de ciencia-ficción y de fantasía medieval al estilo de Tolkien, en Inglaterra y Estados Unidos—, lo cierto es que para el lector español la mayoría de estas obras y de sus autores son totalmente desconocidos. Pocas son las editoriales que deciden traducir alguna de estas obras y los mayores catálogos sobre novela vampírica se concentran en Grupo Ceac/Timun Mas y Martínez Roca, casas editoras semi-especializadas en literatura de terror y ciencia-ficción. Sin embargo, sellos con una producción dispersa, como Planeta o Plaza & Janés, parecen querer subirse al carro de la edición de novelas de este género con títulos que, francamente, han pasado sin pena ni gloria en el mercado nacional.

Versión *light* para niños y jóvenes

La literatura infantil y juvenil, tan sensible a las modas y a los redescubri-

mientos en la liturgia de la prosa de ficción, también fijó sus expectativas de negocio en el mito del chupador de sangre. En 1973, se publicó en Estados Unidos la primera novela juvenil en la que el protagonista era un vampiro. *The Mystery of Vampire Castle*, novelización de la película homónima de los Estudios Disney, y a partir de la segunda mitad de los 70 el género sufrió una auténtica explosión de este tipo de novelas, escritas expresamente para un público infantil y juvenil. Títulos como *Village of Vampires* (1978), de Steven Otfinoski; *¡Dracula come home!* (1979), de Kin Platt, o la serie infantil de «Bunnacula», creada por el matrimonio Deborah y James Howe el mismo año, cuyos libros presentaban las aventuras de un conejito vampiro vegetariano, empezaron a encontrar mercado. Con todo, el vampiro más popular en los años 70 y primera mitad de los 80 fue el personaje creado por el equipo de Jim Henson para la serie educativa «Barrio Sésamo», el Conde Drake, cuyo singular cometido era enseñar a contar a los más pequeños. Su populari-

dad resultó tan inesperada que pronto se aprovechó su filón y el Conde entró a formar parte del mundo literario de los quirópteros para los más pequeños con libros para aprender a leer y a contar.

A partir de la década de los 80 hasta la actualidad, las series de libros vampíricos para un público infantil y adolescente no han puesto freno a su producción, y autores como Mel Gilden, Ann Jungman, Jayne Harvey, Ann Hodgman, Annette Curtis Klause o Robert L. Stine, padre de la cacareada serie «Pesadillas», se han convertido en algunos de los escritores preferidos por los lectores más jóvenes.

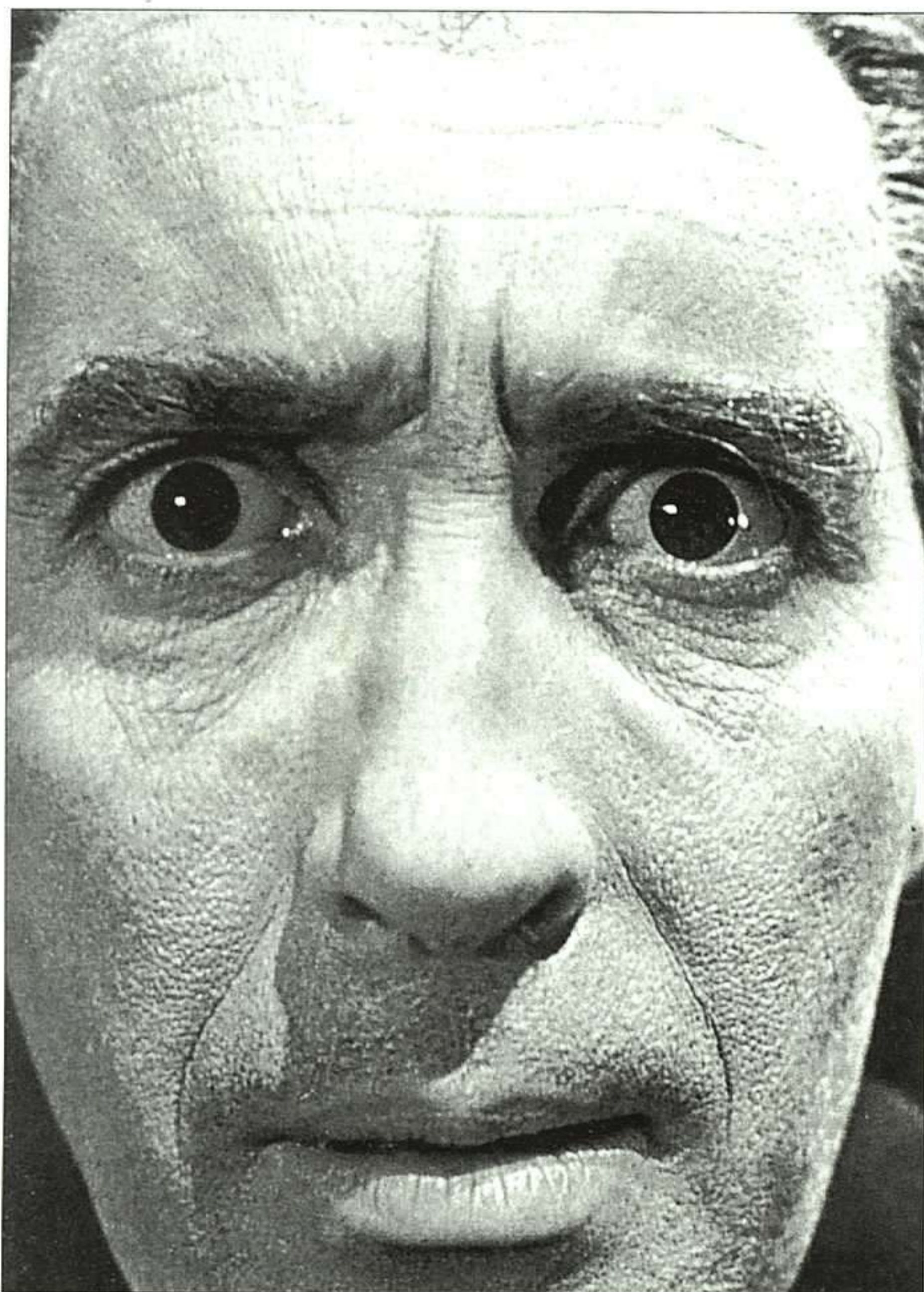
Uno de los exponentes más espectaculares del éxito de las novelas de vampiros para primeros lectores es el caso de la alemana Angela Sommer-Bodenburg. Su serie de «Der kleine Vampir» («El pequeño vampiro»), centrada en las aventuras de un niño vampiro, Rudiger, de su hermana Anna, y de Anton, el único niño que todavía cree en ellos, ha sido desde la publicación del primer libro, en 1982, un auténtico fenómeno más allá



Una de las múltiples caracterizaciones que sufre el Conde Drácula, encarnado por Gary Oldman, en la película de Coppola, rica en ambientación y efectos especiales.

La carrera del actor inglés, Christopher Lee, estuvo marcada por un personaje: el conde vampiro, al que encarnó en nueve películas, siete de ellas producciones de la Hammer Film, a lo largo de quince años.

Con anterioridad, el actor había hecho de monstruo de Frankenstein, interpretación que pasó sin pena ni gloria. En cambio, Lee será recordado como el Drácula más distinguido y elegante de todos los que el cine nos ha ofrecido, que no son pocos.



del mundo literario. La colección, traducida a un buen número de lenguas (por ahora en España han aparecido 16 volúmenes en castellano y otros tantos en catalán, todos ellos publicados por Alfaguara) y llevada a la televisión en formato de dibujos animados, ha cosechado un éxito de crítica y de público tan rotundo, que ha permitido a su autora dedicarse exclusivamente a la literatura.

Sin embargo, pese al beneplácito del público, los libros de «El pequeño vampiro» representan, en gran medida, un buen ejemplo del títere en el que se ha convertido un mito esencialmente gótico: un vestigio cultural, algo así como un tótem, cuyo único cometido pasa por representar a un colectivo en extinción, incapaz de adaptarse a la evolución social de un mundo en constante progreso. De ahí la necesi-

dad que el personaje tiene de relacionarse con una entidad (casi siempre encarnada en la figura de un niño) que pertenezca a este nuevo mundo, pero que todavía sea capaz de creer en ellos como personajes, para utilizarlo de puente entre lo que en su día fueron y en lo que están irreversiblemente condenados a convertirse.

El hecho es que tanto estos libros, como la mayoría de cuentos o novelas que explotan la figura del chupador de sangre caen, casi siempre, en la simplicidad de un maniqueísmo empobrecedor, que provoca más risa que otra cosa; o el vampiro es malo, muy malo, malísimo, o es un personaje bobalicón, medio tonto, infantil e insulso, con una personalidad edulcorada hasta el aburrimiento, que dudo que seduzca al lector más allá del primer capítulo.

Llegamos, como siempre, a la famosa y, en vista de los resultados, imposible polémica a resolver de cómo debe tratarse al niño y al adolescente en su papel de lector y si, en cualquier caso, se le deben algunas consideraciones: el niño lector es, ante todo, niño, pero no por eso idiota y merece que no se le trate como tal. Pocos son los escritores de género que parecen tenerlo en cuenta a la hora de publicar... La inmensa mayoría de estos libros sobre vampiros parten de lo que serían ingredientes típicamente góticos (castillos siniestros, cementerios abandonados y caserones deshabitados) y tienden a hacer una utilización irónica y muchas veces paródica de ambientes y personajes, convirtiendo en caricatura ridícula a una de las figuras más terroríficas, con una mayor fuerza en lo que al subconsciente colectivo se refiere, y con una carga erótica y sexual muy por encima de los fetiches sexuales artificiales y artificiosos de la cultura de masas al uso.

Esta desacralización sistemática del mito vampírico aborta uno de los principales cometidos de la literatura del género para niños y adolescentes: el de potenciar su curiosidad para llegar a descubrir la realidad de los libros de vampiros y permitirle, en consecuencia, ahondar en los orígenes góticos de este sanguinario hijo de la noche convertido en un mal chiste, repetido sin gracia hasta la saciedad: dos colmillos de plexiglás y una capa reversible negra y roja. ■

Bibliografía (selección)

- Anscombe, R., *El diario secreto de Laszlo, conde Drácula*, Barcelona: Plaza & Janés, 1994.
- Brite, P.Z., *La música de los vampiros*, Barcelona: Martínez Roca, 1994.
- Charnas, S.M., *El tapiz del vampiro*, Barcelona: Martínez Roca, 1991.
- Daniels, L., *Niebla amarilla*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1992.
- Datlow, E., (ed.), *Vampiros*, Barcelona: Robinbook, 1991.

- Doherty, P.C., *La llegada del vampiro*, Barcelona: Edhasa, 1998.
- Elrod, P. N., *Lista sangrienta*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1993.
- *Sangre de vida*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1993.
- Engstrom, E., *El elixir negro*, Barcelona: Martínez Roca, 1992.
- Fernández, F., *Drácula*, Barcelona: Toutain Editor, 1984.
- Greenberg, H.M. y Ch.G. Waugh, (ed.), *Vamps*, Madrid: Valdemar, 1991.
- Hall, W., *El último vampiro*, Madrid: Noguer, 1990.
- Hambly, B., *Cazadores nocturnos*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1991.
- Hawkins, C. y J., *Vampiros*, Madrid: Altea, 1995.
- Holland, T., *El señor de los muertos*, Barcelona: Planeta, 1996.
- *Banquete de sangre*, Barcelona: Planeta, 1998.
- King, S., *El misterio de Salem's Lot*, Barcelona: Plaza & Janés, 1992.
- Lang, O.F., *Quirópteros como vampiros*, Barcelona: La Galera, 1987.
- LeFanu, S., *Carmilla*, Barcelona: Laertes, 1991.
- Lumley, B., *El que habla con los muertos*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1990.
- *¡Vampiros!*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1991.
- *El origen del mal*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1991.
- *El lenguaje de los muertos*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1992.
- *Engendro de la muerte*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1992.
- Martin, G.R.R., *Sueño del Fevre*, Barcelona: Ediciones Acervo, 1983.
- Newman, K., *El año de Drácula*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1994.
- *El sanguinario Barón Rojo*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1997.
- Perales, A., (ed.), *No todos los vampiros beben sangre*, Barcelona: Acervo, 1996.
- Perucho, J., *Les històries naturals*, Barcelona: Edicions 62, 1996.
- Petola, E., *Vampiros y hombres lobo*, Barcelona: Círculo de Lectores/ Galaxia Gutenberg, 1995.
- Rice, A., *Entrevista con el vampiro*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1996.
- *Lestat, el vampiro*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1994.
- *La reina de los condenados*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1990.
- *El ladrón de cuerpos*, Barcelona: Ediciones B, 1993.
- *Memnoch el diablo*, Barcelona: Ediciones B, 1996.
- Saberhagen, F., *La voz de Drácula*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1992.
- *El encuentro*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1992.
- Simmons, D., *Los vampiros de la mente*, Barcelona: Ediciones B, 1993.
- Sommer-Bodenburg, A., *El pequeño vampiro*, Madrid: Alfaguara, 1997.
- *El pequeño vampiro se cambia de casa*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro se va de viaje*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro en la granja*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro y el gran amor*, Madrid: Alfaguara, 1997.
- *El pequeño vampiro en peligro*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro y los visitantes*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro lee*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro y el paciente misterioso*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro en la boca del lobo*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro y la guarida secreta*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro y el enigma del ataúd*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro y la gran conspiración*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro y la fiesta de Navidad*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro y la excursión de Fosavieja*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- *El pequeño vampiro en el país del Conde Drácula*, Madrid: Alfaguara, 1996.
- Stableford, B., *El imperio del miedo*, Barcelona: Martínez Roca, 1990.
- Stoker, B., *Drácula*, Madrid: Anaya, 1993.
- Vadim, R., (ed.), *Vampiros entre nosotros*, Barcelona: Plaza & Janés, 1969.
- Wolf, L., (ed.), *El mito de Drácula*, Barcelona: Grupo Ceac/Timun Mas, 1996.



4
CEDRO
 Centro Español de Derechos Reprográficos

